

RIVERA

PUBLICACION QUINCENAL

(PORTE PAGADO)

Director: CARLOS TRAVIESO

Administrador: MANUEL TRONCOSO

Montevideo, 28 de Febrero de 1914

ADMINISTRACIÓN: LOCAL DEL CLUB RIVERA

Año VII

Núm. 153

La Batalla de Ituzaingó según el General Lavalleja

Una carta inédita de aquellos días

En nuestra estada de pocos meses en el Janeiro durante el año de 1908, aprovechando el tiempo de que podíamos disponer, nos dedicamos a algunas investigaciones históricas en archivos y bibliotecas públicas.

De la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional tomamos especialmente copia de importantísimos documentos, pertenecientes en su mayor parte a la Expedición de los 33, de una colección de Don Pedro de Angelis, adquirida en Buenos Aires por el Gobierno del Brasil, en tiempos en que lo presidía Don Pedro II, quien, como es notorio, dió pábulo en su reinado a los estudios de carácter literario y científico, siendo él mismo fundador de algunas instituciones.

Hemos publicado en el RIVERA algunos de esos documentos. El que hoy vamos a reproducir, de la fuente que queda referida, es una carta del General don Juan Antonio Lavalleja, actor en la Batalla de Ituzaingó y jefe de Vanguardia en esa campaña, al frente de las fuerzas orientales. La carta está fechada a los dos días de realizarse aquella acción, y dirigida a Don Pedro Trápani, confidente y principal consejero de Lavalleja, y su delegado y hombre de influencia ante personalidades de Buenos Aires.

Tiene oportunidad esta reproducción con motivo del aniversario de la Batalla que acaba de transcurrir.

De su valer juzgará el lector, y en particular los que hayan tomado interés por la polémica que la referida Batalla ha suscitado, acerca de la que decía, hace largos años, con cierta justicia, el Dr. Carlos M.^a Ramírez, con ocasión de tratar, aunque en nuestro sentir nó con igual certeza, uno de los pretensos episodios de esa Batalla, el llamado de las «Charreteras de Oribe»:

«La Batalla de Ituzaingó ha dado origen a grandes disidencias históricas y se necesitarían algunos volúmenes para reunir todo lo que se ha es-

critado sobre ella, o sobre sus antecedentes inmediatos y consecuencias más directas. Para los argentinos el debate comenzó poco después de la jornada, pues el mismo General Alvear se vió envuelto en un proceso político-militar por su conducta en aquella campaña memorable; y si el asunto ha tenido sus largos períodos de olvido, renace de tiempo en tiempo su interés, como lo prueba el hecho de haber ocupado hace muy poco a las Revistas y folletines de Buenos Aires, en vivas controversias, que aprovecharon los datos de memorias, apuntes y documentos recién dados a la publicidad. Para los brasileros, ha sido punto de honor el completo esclarecimiento de una batalla que sin duda alguna les fué adversa, pero en la cual sus tropas revelaron en general una fortaleza y una organización dignas de los mayores encomios. De parte de ellos, todo está publicado y todo está elocuentemente argüido, de modo que el historiador imparcial encuentra en la literatura militar del Brasil elementos preciosos para revisar y reducir a su justo valor las tradiciones populares que ha dejado en los pueblos del Plata la victoria hiperbólicamente cantada por Don Juan Cruz Varela.»

La conducta de Lavalleja en la Batalla de Ituzaingó, a raíz de la cual fué insultado por el General Alvear, según referencias de aquél mismo, que hemos publicado, es objeto de vivas censuras entre los escritores y militares argentinos. Tal circunstancia dá mayor relieve a lo que de sí pueda referir el General Lavalleja.

Bajo otros aspectos, véase desde luego que el estilo del documento que reproducimos no desdice de otros, del propio autor, que hemos hecho conocer, y que el entre nosotros loado Jefe de los 33 se presenta en él como de costumbre, con sus aires de superioridad y suficiencia, sus exajeraciones y jactancias, dejando en el ánimo la impresión invariable de un espíritu in-

capaz de elevarse sobre las circunstancias que lo rodean y lo impulsan.

Lavalleja, injuriado en el campo por Alvear, injuria a su turno en esta carta a uno de los Jefes orientales que sirvieron a sus órdenes, bien que en una nota encarga a su amigo Trápani que, «sin embargo de que cuanto le dice es un evangelio», «y muchas cosas más que omite y podría decir», lo reserve, o sólo lo haga saber de los «amigos de satisfacción», porque no quiere que por él se sepan los defectos de nadie. Ya se comprende que por los amigos de satisfacción no iban a saberse...

La carta está hoy en un archivo público, y eso dará lugar a que algún día quizás personas interesadas rectifiquen las apreciaciones vertidas por el obcecado Lavalleja, cuyo valor fué a su vez desconocido con injusticia por Alvear, aquel señor General Alvear tan fundadamente detestado y de tan innobles antecedentes en nuestro país.

Un punto toca Lavalleja en su carta que no debemos dejar pasar inadvertido, el que se refiere á la actuación en la Batalla de Ituzaingó de su gran amigo de entonces Don Manuel Oribe. Pero como el tratarlo en este número sería dar en él demasiada extensión a este asunto, lo dejaremos para el próximo número.

Sor. Don Pedro Trapani.

Costa de Caziquí y Feb.^o 22 de 1827.

Mi caro amigo: Sería ocupar demasiado su atención si fuese a relacionarle los sucesos y marchas en la presente campaña desde principios del año que la empezamos; pero con la idea de remitir a V. en otra ocasión el diario de nuestras marchas, me reduciré solamente a comunicarle la victoria que han conseguido las armas de la República, el día 20 del corriente en la margen del Sauce que hace barra en Santa María paso del Rosario.

VIVA LA PATRIA

Después de muchas marchas y contramarchas, con que nos internamos hasta las puntas de Camacua, biendo que el Exto. enemigo se había retirado para formar su reunión gral. al paso de los ahorcados del mismo Camacua, seguro de que pudieramos impedirlo, ni perseguirlo por lo escabro-

so de terreno, nos dirigimos al Pueblo de Sn. Gabriel en la costa de Vacacay donde entramos el 10, encontrándolo sin habitantes.

El enemigo que habia conseguido su reunion marchó sobre nosotros con ochomil hombres de toda arma. Nos pusimos en retirada para la costa de Santa María y con intento segun las disposiciones del Sor. Gral. en Jefe de retirarnos hasta Tacuarembó, si mis demaciadas instancias y las forzadas marchas del enemigo, no le hubieran obligado á batirse. En fin amigo el 10 estuvimos sobre la costa de Sta. María y el 20, amaneció el enemigo a una legua de distancia sobre el expresado arroyo del Sauce. Mi División que habia salido, como acostumbra apasar las noches en la cuchilla, lo hizo esa, en la que mas se aproximaba al campo que ocupaban los enemig.s al amanecer; Mis partidas descubridor.s luego se saludaron abalazos con las del enemigo, y en el momento montando la División lleve con ella afuerza de vala a los enemig.s hasta ponerlos al frente del Exto. Nacion.l estando sin duda durmiendo el Sor. Gral. en Gefe pues no parecia en el campamento. Luego que se presentó en él dió sus disposicion.s y se principió la batalla como alas siete de la mañana.

Una maza de tres mil hombres de Inf. y siete Piezas de Cañon, sostenian vigorosam.te las maniobras de la caballeria enemiga; pero aese pensar, y el de ser muy quebrado el campo, las brabas legion.s de mi mando en repetidas cargas tomaron cinco piezas de artilleria, y dejaron cubierto de cadaver.s enemig.s al campo por donde los cargaron.

Mi division fue reforzada por el Regim.to de Lanzeros que manda el benemerito y bravo Coron.l Olavarria. Este Regto. lo destiné ala proteccion del de Drag.s Orientales que manda el Ten.te Coron.l Dn. Servando Gomez. Este cargó a los enemig.s y los llevó acuchillando hasta el centro de las fuerzas, de donde cargando sobre él un grueso numero lo puso en retirada; pero al tiempo que los enemig.s querian acuchillar a los Drags, los cargó con sus Lanceros Olavarria, y los Drags dando buelta sobre el estrivo, se unieron y sablearon al enemigo, que apesar de ser un numero como de dos mil hombres, los acuchillaron hasta la retaguardia de sus Infanterias.

Mucho ha sido el valor que desplegaron todos los Gefes de caballeria, han trabajado con mucho empeño, y solo se ha distinguido entre ellos, el Coron.l....., indigno de ser Oriental, y de mandar soldados que pierden su lucimiento asus Orden.s Este cobarde, en la carga que dieron los Dragon.s y Lancer.s (habiendo benido de refuerzo para mi División,) le mandé que flanquase a los enemig.s pero en lugar de esta evolucion,

hizo lade bolber caras bergonzosam.te Los demas Gefes hansido el exemplo del eroismo.

La Batalla duró en su fuerza hasta la una de la tarde. Mucho fué lo que se ha peleado, pero apesar de la Victoria y de quedar el campo por nuestro, no fué tan completa como debia por las malas disposicion.s del Gral. en Gefe.

Yo salí persiguiendo al enemigo lo que se puso en retirada, y lo verifiqué hasta la oracion, que habiendo recibido ord.n para que hiciera regresar al Ql. Gral. los Reg.tos del Exto. que me acompañaban, me ví en la necesidad de retirarme por mi poca fuerza, pues el enemigo llevaba aun quatromil hombres, acuyo frente no podia ponerme sin exponerme aun contraste.

Los enemigos han continuado precipitadam.te su retirada, y apesar que hemos marchado hoy asegurarlos ya no podremos darles alcance. Mucho terror les ha infundido la batalla y esto hace que vaya sufriendo una fuerte desercion.

Yo no he podido recorrer el campo, pero calculó que han dejado en el los enemig.s. quinientos hombres entre ellos el Mariscal Abreu; Prisioneros habrá como unos ciento, y los mas han sido dispersos. Por nuestra parte aun no se puede saber el numero fijo, por que como he marchado con la Vanga ignoro la pérdida que habra sufrido el Exto. pues seguram.te deve ser alguna, pues el Reg.to del Coron.l Paz y el de Bransen, que mandó el Gral. cargasen a la Infanteria repetidas veces, lo hicieron, y en una de ellas murió Bransen con mucho eroismo.

La victoria pudo ser tan completa, como la que en igual día consiguieron las armas de la Patria en Salta, pero amigo disposicion.s erradas lo han privado, y desearia que en adelante se enmendase la plana.

Los enemig.s pueden tardar bastante en reasarse y mientras tanto descansaran nuestras caballadas, que ya nos allamos casi apie.

Acabo de recibir parte del Comand.te Dn. Servando Gom.s aq.n mandé con su Reg.to sobre el Pueblo de S.n Gabriel, de haber tomado allí veinte Carretas de Parque, utiles de g.rta y vestuar.s con los que cubrire de algun modo la mucha desnudez de mis soldados. En el campo de batalla se tomaron amas de las artilleras dos fraguas de campaña y algunas carretas de municion.s y equipages—que abandonaron los enemig.s al rigor de las carg.s que sufrieron por las Division.s Orientales y el Reg.to de Olavarria.

El enemigo aun tiene fuerza y recursos y no dudo que se prepare a una segunda acción; Mientras tanto nosotros debemos buscar un punto ventajoso donde podamos restablecer

nuestros cavallos y esperarlos bien dispuestos; pero veremos cuales serán las disposicion.s del Gral.—que ellas serán las que obserbaremos.

En lo sucesivo creo que tendremos mas franca la correspondencia, y entonces seré mas continuo en mis cartas, pues hasta ahora la distancia y falta de conductor.s me han tenido privado del gusto de escribirle. Entonces le avisaré de nuestras marchas y sucesos, y del semblante que tomen las cosas con la Victoria de S.ta María —Mientras tanto baya V. selebrando este ensayo de nuestras armas y dis. poniendo como guste de su affmo. amigo y seguro servor. Q. B. S. M.

J.N ANT.O LAVALLEJA.

(Hay una rúbrica).

P. D.

Escribí a V. afin de que se sirviese socorrer ami hermano que se halla prisionero en el Janeiro, y si embargo que estoy cierto hara V. cuanto esté de su parte, como no he tenido contestación desconfio no haya llegado asus manos, y por esto le reitero nuevam.te que por medio de sus relacion.s de amistad y comercio en aquel Destino, le proporcione ami dho. hermano cuanto precise, pues yo separado de las mias y de Montev.o nada puedo hacer.

Otra.

Sin embargo de que cuanto digo a V. en mi carta es un evangelio, y muchas cosas mas que omito y podría decir, le encargo que V. lo reserve, O que solo lo haga saber a nuestros amig.s de satisfacion, porque no quiero que por mi se sepan los defectos de nadie.

Los Gefes del Exto. son delo mejor, y esto es lo que nos ha salvado pues eseputando al cobarde de..... los demas no solo son de valor sino de Prudencia y Patriotismo. Todos están incomodados con la conducta de Alvear y algun día verá V. los resultados.

En medio de tanto escribirle no he dho. a V. que Dn. Manuel Orive con su Division cargó al sentro de la Línea enemiga y salió sin ninguna novedad—lo mismo que Dn. Ig.o que lo acompañaba con su Reg.to pero no salió así el Austriaco nuestro amigo porque cargo al costado Izquierdo y le metieron una bala en la barriga; y ha sido su División la que ha sufrido mas perdida. Si me pasan a tiempo los partes de los muertos y heridos se los incluire para su conocimiento pues como bamos en marcha noseha podido verificar hasta ahora.—Vale LAVALLEJA. (Hay una rúbrica). Es preciso que V. gratifique al conductor de las comunicacion.s y la canoa que lo lleve. He dispuesto tambien que el Cavo de Milicias Felipe Aguilar que conduce estas comunicacion.s hasta las vacas, pase hasta esa cap.l Es un infeliz y cargado de una familia numerosa, todo lo ha abando-

nado por prestar sus servicios ala Patria y sea V. el estado de indigencia en que se halla, que es el de los brabos Orientales. Sea V. con los amigos de hacerle al pobre algún regalo con que pueda remediar su indigencia basta que se haya allado en la acción y haya contribuido alas glorias de la Patria.

Le incluyo una carta para Dn. Vicente Latorre que estimare la mande V. entregar en mano propia. Vive en la casa de Villanueva. Vale.

(Hay una rúbrica).

De Carlos N. Otero

“Mirando a Loyola”

Tema sugerente

(A propósito de la última novela recibida del ilustre literato y sabio filólogo español don Julio Cejador.)

«Si los jesuitas hubieran venido antes de Lutero o de Calvino, ellos hubieran sido los amos del mundo. Bello libro el de un antiguo citado por Atheno, *De us que falso creditur*.—Montesquieu.

En el inicio de un capítulo de las Memorias de Bismarck, titulado «Intrigas», aquel coloso enigmático e imponente—creatura compleja y vigorosa, de la prorrifica Germania,—decía a propósito de uno de sus conciudadanos: «El Conde Enrique Arnim, a quien fácilmente se le subía el vino a la cabeza, me dijo un día después de un buen almuerzo: «Yo veo un enemigo en todo colega que ocupa un puesto más elevado que el mío en la carrera, y le trato en consecuencia; pero mientras es mi superior no conviene que lo eche de ver.» Esto sucedía en la época de su regreso de Roma, después de la muerte de su primera mujer. La nodriza italiana de su hijo, toda vestida de encarnado y oro, llamaba la atención en los paseos; y él, en sus conversaciones políticas, traía continuamente a colación citas de Maquiavelo, de jesuitas y de biógrafos italianos. En aquel momento se hacía pasar por ambicioso sin escrúpulos; tocaba muy bien el piano y a causa de su belleza y de su habilidad, era muy peligroso para las damas a quienes hacía la corte. Empezó desde muy joven a perfeccionar esta habilidad innata; siendo alumno del Liceo de Neustettin, hizo su aprendizaje entre las actrices de una compañía ambulante cuya carencia de orquesta subsanaba tocando el piano.»

Esta anotación biográfica breve, mordaz, evidencia en su autor el hábito del análisis inquisitivo y sutil. Demuestra esa inclinación crítica, propia de algunos espíritus severos, fuertes y siempre avizores, a la práctica de la observación segura, imperturbable, penetrante, y a la exposición franca y explícita de casos y cosas. El

terrible Canciller de Hierro califica al Conde de Arnim con olímpico desdén. Sin embargo, en las palabras algo despectivas del genial estadista alemán, se vislumbra, respecto del personaje tan sumariamente biografiado, un concepto algo distinto del que, en apariencia, surge de las mismas. Arnim, diplomático, ambicioso, instruido en las ideas de escritores de fama singularísima, hermoso, tenorio, músico, educado entre actrices, debió ser un temible adversario. Lo fué, sin duda alguna. Bismarck, obstaculizado muchas veces en sus planes por las influencias femeniles y religiosas, características y propias de las monarquías, sabía apreciar las condiciones excepcionales y el poder de su enemigo. Demasiado conocía él la importancia y valía de un hombre inteligente, seductor y sin escrúpulos dentro de ciertos círculos preponderantes en los altos negocios de Estado. Quizá por eso escribió esta frase profundamente antifeminista que revela prevención, recelo y desprecio: «siempre he desconfiado de los políticos de faldas, sean mujeres o eclesiásticos.»

El gran canciller, en esas palabras confiesa paladinamente su inferioridad en el delicado y encantador *juego de las damas*. Se ofrece así como uno de los infinitos ejemplos de lo humano contradictorio y paradójal. ¡Un hombre fuerte y varonil, teme y rehuye las pugnas galantes, las partidas mixtas! Pero todavía hay un detalle que comprueba eso que Amiel ha llamado «ley de ironía».

Bismarck consigna como rasgo notable de la idiosincrasia de Arnim el prurito peculiar en éste de citar al autor de «El Príncipe» y a los ignominiosos. ¿Tenía el severo canciller la creencia de que esa particularidad caracterizaba a un ente ansioso de encumbramiento y de dominio? Es posible. Sin embargo, el príncipe Oton, al poner en evidencia al Conde Enrique, se coloca ingenuamente fuera de cualquier distingo. Y así olvida que si él no tuvo el desenfado de proclamar doctrinas del embajador florentino o del santo loyolés y sus discípulos, en cambio las aplicó en situaciones culminantes. Con impúdica naturalidad relata él mismo el asunto del telegrama de Ems que produjo la sangrienta guerra del 70. Dice que mediante tachaduras en el texto del telegrama, que lo que hubiera parecido «el fragmento de una negociación pendiente», resultó «un toque de guerra», «un trapo rojo frente a un toro!» Y agregaba: «es de importancia el que somos nosotros los atacados, y lo seremos a causa de la presunción y la irritabilidad galas si proclamamos públicamente en Europa, y hasta donde nos sea posible sin intervención del Reichstag, que aceptamos sin temor las públicas amenazas de Francia.»

Verdad es que el Ministro de Estado prusiano llegó a realizar obra vasta y gigantesca. Materializó gloriosamente un magnífico sueño de hegemonía y de expansión. Triunfador airado en el terrible *juego* de las entidades mayores, las naciones, llevó su patria a la suma potencia imperial. La patria engrandecida lo convirtió en símbolo de apogeo, en motivo de inspiración y de orgullo racial. Fué consagrado como demiurgo pangermánico. Todo eso es cierto. La resultancia mágica, espléndida de grandes hechos consumados, justificará quizá la actuación siempre exorbitante de ese maestro en el arte de preparar y aprovechar ocasiones y oportunidades. Pero ¿hay en él autoridad bastante para juzgar al repetidor de aforismos maquiavélicos y máximas jesuíticas a quien venció? Por lo menos tiene la superioridad del práctico y el prestigio del genio afortunado.

En la victoria existe enorme fuerza de irradiación y trascendencia. Y además una extraña virtud divinizante. Sus reflejos de aureola, sus valencias de auge, esfuman las durezas, embellecen las fealdades, irisan las coloraciones siniestras de la acción. Transmuta, ilumina, vivifica. El mundo, el universo, el cosmos, tal vez son victorias conseguidas tras el logro de un *desideratum* excelso. Por eso un superhombre, empinado sobre el parvés, puede permitirse mirar desdeñosamente a sus enemigos señalándoles las conquistas arrancadas al porvenir. ¡La Fortuna lo ha prohijado! Pero aún así, ¿sus fueros de vencedor añejan los de un censor supremo e indiscutible? ¿Lo eximen acaso a él mismo de toda censura?

¿Cuestión grave, interesante, complicada, difícil! He aquí la sempiterna cuestión de los *medios* y *los fines* y a la vez ese fundamento de la misma, el Poder, y su exponente imprescindible el Éxito. Vale decir: sentimientos, pasiones, esperanzas, deseos, anhelos, ilusiones, ideales, y materia, instrumentos, acción, potencia; y por último, plenitud. Todos los elementos que integran el principio dinámico de la gran farsa humana. De esa gran farsa en la cual jamás se llega al desenlace prometido, porque el autor y sus actores se olvidan del texto y hacen descender el telón en la escena en que la plebe aplaude y se encanta. Algún filósofo malhumorado diría que no hay tal olvido: que siempre se trata de crear la promesa en todo su esplendor y atractivo; la promesa, excesiva, superior a cualquier realización y cumplimiento; la promesa, fascinante como las lejanías azules!

Schopenhauer afirma: «Nunca pensamos más que en los medios; no nos preocupamos del fin, porque nuestro conocimiento es simplemente apaz de ver lo exterior, empero impotente pa-

ra escudriñar lo interno; y a ello nos resignamos de una vez para siempre, ya que no puede ser de otro modo.» El filósofo de la voluntad, exajera. A pesar de la apreciación conscientemente renovada de nuestras capacidades e impotencias, no hemos renunciado ni renunciaremos al escudriñamiento de los secretos de la existencia y del Destino. El espíritu curiosará incansable mientras haya una incógnita. La atracción ineludible de los enigmas universales y el sentimiento del propio valer, harán pensar invariablemente—por contraste—en objetivos sublimes. El hombre será tal vez un medio; pero un medio inteligente, apto para crear y comprender fines. Eso sí: un pobre medio, que se aleja de sus más bellas finalidades, confundido, enredado en la maraña de intereses y pasiones. O gira perdido entre círculos viciosos, porque juega consigo mismo y convierte las finalidades en medios y los medios en finalidades. Es flexible, egoísta, déspota, cobarde y hábil; ¡también pueril, frívolo y superficial! De ahí la afirmación algo absoluta de Schopenhauer. Este absolutismo otro filósofo lo enmendaría diciendo: el hombre tiene sagacidades instropectivas; pero rehuye ensimismarse, porque perdería el reposo!

«Aunque conozcamos todas las miserias que nos tocan, que nos aprietan el cuello, tenemos un instinto que no podemos reprimir que nos eleva»—escribe Pascal. ¡Oh, muy cierto! Sin embargo, ese instinto no se manifiesta por igual en todos los hombres. En algunos se exalta y llega a convertirse en verdadera necesidad moral. Estos son los enamorados del ideal, los creyentes del perfeccionamiento hasta la divinidad, los perseguidores de finalidades remotas e inaccesibles. Son los que temen la influencia corruptora de la acción o deslumbrados por la magnificencia de sus visiones, ignoran la importancia de los medios. Su persecución tras la felicidad y la gloria, resulta ¡oh paradoja! una huida de la propia naturaleza. Buscan el paraíso por una concordancia y afinidad sobrehumanas. Escrupulizan hasta el delirio. Suelen anonadarse en contemplaciones estáticas, o vagabundear enfermos de esa rara locura ambulatória y redentora que Cervantes immortalizó en su Don Quijote.—En cambio la inmensa mayoría de los hombres no siente tales impulsos, deseos ni repugnancias. Aspiran solo al mejoramiento. Ambicionan el placer y la dicha terrenal. Su tendencia a sobreponerse los lleva al predominio y el disfrute. Conocen la fuerza de los medios y su goce. Esclavos de la vida, se hunden en ella con la violencia irrefrenable del amor propio apasionado y exclusivo. «Es una cosa deplorable»—agrega el filósofo recluido en Port Royal—«ver a los hombres deliberar sobre los medios, no sobre el fin. Cada uno

cavila cómo saldrá de su encargo.»

Forzoso es reconocer que la historia de la humanidad resulta una tragedia interminable en la cual los medios se acumulan atorbellinados confusamente sobre el vasto escenario mundanal, en tanto que los fines se desvanecen en la penumbra misteriosa en que reina la Quimera. En esa tragedia aparecen como agentes o fautores extraordinarios las dos entidades que el conde de Arnim citaba: Maquiavelo y Loyola. Dos figuras soberbiamente significativas entre la turbamulta de las sombras del pasado. Dos individualidades sobresalientes que permanecen siluettadas en las memorias con trazos imborrables. Quizá en el recuerdo no hay ejemplo de perdurabilidad como la de esos dos nombres que han tenido el privilegio especialísimo de perpetuarse en los léxicos, transformados en calificativos imbuidos de profundo sentido escénico.

Observadores minuciosos, prolijos, compenetrados de la utilidad y significancia de todos los medios, el célebre florentino y el famoso guipuzcoano, son los maestros insignes de la técnica en esa representación ininterrumpida en que actúan—según el verso de un poeta desdichado—«Mimos hechos a imagen del Dios de las alturas». Conocedores experimentados de los móviles y de la acción humana, con perfecta intuición de la ventaja y el aprovechamiento, con clara idea del

rol de los actores y su adaptación a todas las tramas, y con cierta percepción práctica del tramoyismo, fijaron a *coeur leger* reglas de combinación, encañamiento, enlace y desenlace. Tuvieron el genio del sistema, del procedimiento, del mecanismo y de la subordinación. Verdaderas eminencias grises en el *modus operandi* de la gran farándula, establecieron el uso de los factores, de tal manera que éstos no pierden su eficacia, ninguno es contraproducente.

Ni originales, ni excéntricos, ni alucinados, tuvieron el raro mérito de proclamar este principio muy humano: para llegar al fin todo sirve, todo es bueno. Principio deducido de la condición natural del hombre, sin duda. ¡Maquiavelo y Loyola fueron naturalistas eximios! Pero ¡ay! concebían la naturaleza «como un buen trapero que recoge y aprovecha todo remiendo y retazo para sus creaciones». Influidos por esa concepción utilitaria del mundo que a un artista inspiraría la hermosa interpretación ilustratoria con las efigies de Tartufo y Arlequín, ampliaron las posibilidades de logro, de avance, de posesión, de conquista tras el objetivo ambicionado. Para ello atribuyeron a los fines una bondad suprema: la de la justificación. Nada de selección en los medios desde que todos son fuerzas cooperantes.

(Continuad.)

Primera escuadra que se organizó para defender nuestro territorio

Instrucciones a su Jefe

La primera escuadra que se organizó para defender el territorio sobre que se asienta nuestra nacionalidad, fué la que improvisó, a últimos de 1723 y principios de 1724, en 34 días, el Gobernador del Río de la Plata Don Bruno de Zabala, urgido por la necesidad de rechazar la intrusión que acababan de realizar los portugueses en la península de Montevideo, con el ánimo de adueñarse de todo el país.

Esa escuadra se compuso de las únicas naves de que pudo echar mano el expeditivo y enérgico Gobernador, y que tuvo la suerte de que se hallaren a la sazón en el puerto de Buenos Aires, a saber: las naves llamadas de Registro, o sea dos navíos y un patache, por medio de los cuales podía únicamente ejercerse el comercio entre España y el Río de la Plata, y un navío del Real asiento de Inglaterra para el tráfico de negros esclavos. En total cuatro naves mercantes, dos de ellas pequeñas, que se armaron en guerra. No alcanzaron estas cuatro naves,

preparadas para estorbar desde luego la comunicación de los portugueses de la Colonia con los de Montevideo, y para traer en seguida sobre los portugueses de éste último punto un ataque combinado con fuerzas de tierra, no alcanzaron a tomar participación activa en la empresa a que se las destinaba, ni siquiera atravesaron todas ellas el Plata.

Puesto al frente de la Escuadra el Gobernador Zabala, embarcado ya en la nave capitana, tuvo que desistir de la marcha de los primeros momentos, por no permitir el tiempo la salida de las naves. Dirigióse el Gobernador a la Guardia de San Juan, Departamento de la Colonia, dejando orden de que los buques partiesen al primer viento. En la Guardia de San Juan sorprendió a Zabala la noticia oficial portuguesa de la retirada de los súbditos de esta Nación, a vista de sus aprestos para atacarlos. Ordenó entonces que las dos naves grandes de la Escuadra, pertenecientes al Regis-

tro, y en las que se habían embarcado la guarnición de infantería y las milicias improvisadas de vecinos de Buenos Aires, los navíos «San Rafael» y «San Carlos», permaneciesen en el surgidero, como era usual llamar entonces al puerto, y que siguiesen a Montevideo las otras dos naves pequeñas, el patache del Registro y el navío «San Quintín», del Asiento de los Ingleses, en las cuales se había embarcado la artillería y municiones que hubieran debido servir para batir el reducto portugués, y que se mandaron echar en tierra por Zabala a efecto de ser utilizadas en las fortificaciones montevidianas erigidas inmediatamente por los españoles.

El Jefe de la escuadra expedicionaria sobre Montevideo, nombrado por Zabala, fué el dueño y capitán de las naves de Registro, Don Salvador García Posse. Damos hoy las instrucciones escritas que a dicho García Posse le dió Zabala, en su plan de ataque a los portugueses. Próximamente, y como dato curioso, publicaremos la cuenta de gastos que importó el armamento en guerra y la disponibilidad del navío «San Quintín», del Asiento de Inglaterra, y además otras informaciones que no carecen de interés relacionadas con la expedición.

(Del Archivo de Indias.—Estante 76, Cajón 2, Legajo 25).

Instrucción que ha de observar Dn. Salvador García Posse, Comandante de la Escuadra destinada para la expedición de Montevideo.

Don Salvador García Posse mandará los cuatro navíos de su cargo y todos obedecerán sus órdenes durante la expedición a que están destinados y arreglará las señas que han de observar en todos los casos que podrán acaecer dando a cada Capitán de Navío un tanto de ellas; y en su ausencia mandará los referidos cuatro navíos Dn. Tomás de Luberríaga, observando en su conducta lo que se hubiese determinado antes de salir del surgidero; Y respecto de que la destinación de esta escuadra es hasta Montevideo, en falta de los dos comandantes nombrados, no se señala otro; Lo que se ejecutará si llegase el caso por la intermediación en que nos hallaremos.—Luego que los Navíos pasen el banco despachará un bote bien armado con sujeto de su confianza, cuidado y inteligencia a fin de que en Montevideo reconozca en la mejor forma que pueda el paraje fijo en que se hallan los navíos Portugueses, y como están de aparejo y si este reconocimiento pareciese poderse ejecutar por tierra podrá el bote entrar en el río de Santa Lucía donde habrá partida que les espere y conduzca por tierra al que se nombrare para el reconocimiento quien volverá luego a informar al Comandante de lo que hubiere visto y lo que podrá

ejecutar como hallare más conveniente y enterado de todo el Comandante llamará a Consejo a los oficiales de los navíos a saber: a los tres capitanes que los mandan, a los dos pilotos de su navío, a los de San Carlos, al contramaestre o Piloto que fuere del Patache y a los dos Capitanes de Infantería, y a los dos del número que van de guarnición y si hallare combeniente a otros oficiales a quienes manifestando las noticias que tuviere, mandará dón su voto por escrito cada uno de por sí firmado de su mano tocante a las disposiciones que se deberán tomar, y este mismo método obserbará en cualquier resolución que tomare previniéndolo de antemano por evitar el que la precisión no dé lugar para ello: ningún Capitán del Navío por sí podrá empeñarse en ninguna ocasión sin orden del Comandante, quien la dará arreglándose a lo que se hubiere determinado en el Consejo por pluralidad de votos, si la precisión fuere tal que empeñado alguno no pueda ocurrir a la capitana deberá manifestar los motivos que le obligaron a semejante deliberación y si se le ofreciese este lance, los demás ocurrirán con la mayor diligencia a socorrerlo. Fijando a Montevideo darán fondo los navíos fuera del tiro de cañón de los Portugueses y el Patache se acercará al desembarcadero que se elijere para echar a tierra la artillería en las embarcaciones menores que se destinaron para este efecto que serán las Lanchas de los Vizcaínos, la de Salas, de Juan González y Paraguay Grande; Y así mismo procurarán echar a tierra los Pertrechos que van en los navíos para ella; habiendo de ser preciso el que al Comandante Portugués que estuviere en ella le requiera yo para que abandone el Puesto lo que ejecutaré luego que llegue, los navíos no harán hostilidad alguna hasta que en vista de su determinación se resuelva lo más conveniente para lo que importará esté un bote atracado a tierra en parte donde pueda avisar de la última determinación y si el tiempo o algún accidente no diere lugar a eso la seña será la de árbol, una bandera inglesa o holandesa en el monte a la que corresponderá el navío San Rafael y la misma noche hacer tres fuegos en él, para que sin reserva ninguna puedan obrar los navíos contra los portugueses sin esperar otra orden ejecutando el comandante y los demás lo que su experiencia, valor, y celo, le dictare para la expulsión de los Portugueses, pero si hiciere seña sólo con la bandera del referido monte y no correspondieren los fuegos se mantendrá sin novedad a menos de que se reconozca que les viene algún socorro de mar en fuera que en este caso procurarán evitar por todos modos el que se les junte y si nuestras fuerzas se vieren superiores a las que vieren se les obligará a que dón fondo en

parte donde no puedan ser vistos de los suyos pero sin hacerles hostilidad sino en caso que quieran resistir y para lograr este fin dará el Comandante las disposiciones necesarias a fin de que no salga embarcación pequeña de ellos sino aguardaren dentro de la ensenada y si estuvieren en franquía observará el ocupar la misma distancia y si fuere dable apoderarse de la entrada de la ensenada.— Si el Comandante de los Navíos portugueses le escribiere protestándole las consecuencias o con algún otro motivo le responderá que no tiene más adbitrio que el de ejecutar mis órdenes y que así su carta me la remite para que yo le responda. Si los Navíos Portugueses, estuvieren en franquía y se pudiere reconocer que les viene socorro con el que puedan superitarnos se procurará evitarlo si se pudiere atacándoles a los que estuvieren en frente antes que la superioridad de ellos obligue a retirar los nuestros y si por mar no se pudiere ver se tendrá el mayor cuidado por tierra de tener centinelas en parajes distantes y se hará la seña arbolando una sábana blanca a la que corresponderá la comandante con la misma seña y luego se arreará y se hizará la del monte tantas cuantas fueren las belas que de cubrieren y porque no se equivoque la seña con la antecedente se hará si fuere de noche un fuego continuado y no en tres parajes como vá expresado; Y porque puede suceder que antes que pasen los navíos el banco se hayan hecho las protestas convenientes al Comandante Portugués y que en sus respuestas se conozca ser preciso valerse de afuera luego que se descubran nuestros navíos se hará la seña que vá prevenida y en este caso sin perder tiempo tomará el comandante todas las precauciones para atacarlos sin esperar más orden ni seña.—El Ayudante mayor Dn. José Benito Guerrero embarcará en la Capitana y el Comandante de ella le dará las órdenes para que las observe la Guarnición como también cuanto tuviere que prevenir a la de los otros Navíos, pues ejercerá el empleo de Sargento mayor de toda la Infantería que es lo que ocurre que prevenir para ahora dejando todo lo demás que se pueda ofrecer a la Dirección del acreditado celo del Comandante al Servicio del Rey. Y se advierte así mismo que siempre que hubiere Consejo de Guerra se tendrá un bote prevenido para que luego se me dé parte, de lo resuelto en él, lo que se ejecutará a menos de ser preciso el ejecutar lo dispuesto sin perder tiempo.—Zabala.

Representación
A LA
H. A. del Estado Oriental
POR LOS
Jefes militares
SOBRE MODIFICACIONES
DE UN
ARTÍCULO CONSTITUCIONAL
CON NOTAS
MONTEVIDEO
Imprenta del Universal
1830
(Véase el número anterior)

No sacrifiquemos, Señores Representantes, lo bueno actual á lo mejor posible, ni cambiemos una realidad que palpamos por una quimera que no vemos. El ejemplo de la República Argentina, es el mas adecuado á nuestra situación, y es una autoridad de peso, desde que nosotros mismos concurrimos á establecerla. Ni nuestra población, ni nuestra infancia en la política, nos permiten lisongearnos de un caudal mayor de hombres públicos, que el que posee aquel país; sin embargo, desde que conoce el sistema representativo, desde que goza ée sus beneficios, no ha podido arribar á esa perfección de la independencia absoluta de los diputados: jefes militares y empleados en todos los ramos de la administración pública, han ocupado y ocupan todavía su tribuna. Allí se conoce la utilidad de la exclusión que establece nuestra ley constitucional: pero se ha renunciado por la imposibilidad de conseguirlo; y la constitución aun piensa salvar todos los inconvenientes solo á los diez años: y por cierto, H. A., que un país que ha conquistado su independencia con la espada, no puede negar en sus primeras asambleas un lugar á los guerreros que la fundaron; y jamás se lo negaron otras repúblicas, por que ellos participan de todo el interés que inspiran la conservación y prosperidad de una obra propia; y poseen conocimientos prácticos que nadie podrá suplir al tratarse de la creación de los códigos militares, la defensa permanente del Estado, la organización de la fuerza armada, su policía y sus leyes. El mejor acierto y expediente en puntos de legislación tan delicados é importantes, bien vale el remoto riesgo que inspire la dependencia de los jefes del poder ejecutivo; y bien puede dispensárseles el honor de la tribuna, cuando él vendría á servir á la vez de justa remuneración á sus servicios, de digno homenaje á sus triunfos, y de una garantía positiva para las mismas leyes constitucionales. (5)

¿A que podemos aspirar ya, H. A., los que fatigados de la guerra, y llenos de las glorias del triunfo sobre los enemigos de la patria, nos entregamos al descanso de la paz? ¿Qué podemos esperar del gobierno? Nada otra cosa que no sea el reposar seguros y tranquilos á la sombra de los laureles que hemos recogido, y bajo la tutela y protección de las leyes; nada que no diga relación con la vida pacífica del ciudadano, con disfrutar los premios que hemos obtenido; y á nada podemos aspirar, que no suponga la organización del país, la estabilidad de sus códigos, su prosperidad, en fin, y su engrandecimiento. Si se nos negasen tales y tan justos sentimientos, votos tan sinceros por una patria á quien consagramos nuestras propias vidas, se añadiría á la ingratitud y la injusticia una nueva y famosa injuria.

En la época que nos suceda; o en la época en que no haya el teatro de una guerra, en que no se puedan contar las glorias que contamos nosotros, no habrá los títulos que tenemos para obtener del ejecutivo consideraciones de respeto, en vez de órdenes de dependencia; entónces cuando nazcan las aspiraciones militares en medio de la paz; y dependan los honores y los ascensos mas de las personas que manden, que de los sucesos y de las grandes acciones, entonces será peligrosa su dependencia a sueldos, entonces deberá tener efecto su exclusión de las cámaras, y habrá riesgo en permitirles entrar en medio de los legisladores del pueblo. (6)

Pero hoy es muy al contrario, HH. RR.; separarlos sería privar a las cámaras de un caudal de conocimientos prácticos, indispensables en los primeros pasos de la organización nacional; sería hacer mas fuerte y peligrosa su dependencia del poder ejecutivo, y se correría el riesgo de hacer causa comun con el gobierno, aquellos á quienes se les cierra la única puerta por donde podrian hacerla con el pueblo: la guerra ha sido popular; populares los triunfos, los honores y los premios, ¿en que sentido pues iban á arrojar sus insignias á los pies del poder de quien el pueblo recela? La filosofía unida á la experiencia han dictado ya una política nueva, en la que el medio de neutralizar las influencias personales, que pueden dañar en una república, no es ciertamente el aislar y obscurecer las personas ó los partidos. Al contrario, el mejor modo de cruzar sus planes siniestros, de hacer más difícil la colusión de muchas influencias, es dejarlas que se ostenten, darlas teatro, y no rehusarlas ni la imprenta, ni la tribuna, cuidar solo de las leyes, y dejar que despidan de si todo el fuego de las aspiraciones personales, toda la luz fosfórica de las ideas del egois-

mo: ella pasará por el prisma infalible de la opinión pública: allí se analizarán sus verdaderos colores, se pondrán en transparencia las nubes, y las manchas que encubrían las pasiones y el vicio; y la formidable execración del pueblo canonizará la obra de la pacífica tolerancia.

Elevados los gefes militares á la tribuna popular, elevados por una reclamación tan solemne como esta, recibiendo un honor tal como peculiar á solo los fundadores de la independencia del país ¿cuantas no son las garantías que ofrecen á las libertades públicas? ¿Por que género de envilecimiento no tendrían que pasar hasta prostituir la dignidad de RR. y cometer traición al pueblo? Sobre todo, ¿á que vendría á quedar reducida esa tímida dependencia del ejecutivo? Incorporados en las cámaras los gefes militares empezarian por afectarse del espíritu de cuerpo, por interesarse en su mejor reputación; tendrían que sujetarse despues y respetar el fallo de la censura pública: las LL. que se dictaren las mirarían como las obras de sus propias manos. ¿Sería fácil desde entonces que empuñaran su espada para destruirlas? La independencia del poder ejecutivo los arrastraría tan facilmente á la complicidad de un gran crimen? Inviolable en sus personas por sus opiniones como RR., ellos llevan en esta investidura una especie de sacerdocio político, y han tomado ya una posición nueva y de la que mas tiene que temer que esperar ese poder con que hubieran de coligarse.

Ellos ya gozan de los honores y timbres militares que sus LL. les acordaron, y de que el ejecutivo no puede despojarles; entre tanto, por la primera vez van á adquirir el buen concepto y la estimación de un compatriota como legislador. Allí ven de cerca los objetos de la política, la dificultad de combinar el interés público con el individual, cuanto cuesta la organización de un país, y cuantos males pueden aflijir a un pueblo, no ya del crimen, sino del error del legislador.

(Continuará).

RIVERA. - 28 DE FEBRERO DE 1914

1. LA BATALLA DE ITUZAINGÓ SEGÚN EL GENERAL LAVALLEJA. — *Una carta inédita de aquellos días.*
2. DE CARLOS N. OTERO. — «Mirando a Loyola». — Tema sugerente.
3. PRIMERA ESCUADRA QUE SE ORGANIZÓ PARA DEFENDER NUESTRO TERRITORIO. — *Instrucciones a su Jefe.* — (Del Archivo de Indias.)
4. REPRESENTACIÓN A LA H. A. DEL ESTADO ORIENTAL POR LOS GEFES MILITARES SOBRE MODIFICACIONES DE UN ARTÍCULO CONSTITUCIONAL. — *Con Notas.* — *Montevideo.* — *Imprenta del Universal* — 1830. — (Véase el número anterior).

INDICADOR PROFESIONAL

Ambrosio L. Ramasso, abogado; dio, Cerrito 592.

Juan M. Lago, abogado; estudio, Sarandi número 200.

Carlos Martínez Vigil, abogado; estudio, Treinta y Tres número 187.

José R. Habiaga, abogado; estudio, Cerrito 592.

Lorenzo Barbagelata, abogado; estudio, Buenos Aires número 585.

Carlos Travieso, abogado; calle de 8 de Octubre 102.

Alfredo Giribaldi, escribano; Río Negro número 220.



LUSTRE FRANCÉS
DE
BROWN

PARA

Botines y Zapatos de
Señoras y Niños.

*Se le Adjudicaron los Mas Altos
Honores en las Exhibiciones de.*

Filadelfia en 1876 | Melbourne, en 1880
Berlin, " 1877 | Frankfurt, " 1881
Paris, " 1878 | Amsterdam, " 1882

y donde quiera que se ha exhibido.
En cada pemo lleva la Medalla de Paris.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES.

Este charol es líquido y se aplica a los zapatos u otros artículos de cuero por medio de una esponja, sejeta a la lana de corcho con un alambre; de modo que cualquiera pueda usar el charol sin mancharse los dedos. No se necesita cepillo para suar lustro. Se seca inmediatamente despues que se ha untado, y no mancha la tela mas delgada del vestido.

Se vende en Sud América por conducto de Cometrantes y Vendedores.
B. F. BROWN & CO.,
Boston, U. S. de A. Fabricantes

Consignación de Buques y Mercancías

DESPACHOS DE ADUANA

Domenech hermanos

CALLE DE LOS CARROS

MALAGA (España)

LA ORIENTAL

Hipólito M. Barbagelata y Cía.

FABRICA DE TEJIDOS

de PUNTO, de LANA y ALGODON

VENTAS POR MAYOR

Calle Arenal Grande números 27 y 27a

La casa que vende mas barato

y que ofrece más variado y selecto surtido

es el **BAZAR PITTAMEGLIO**

VISITEN SU EXPOSICION Y SE CONVENCERAN

Avenida 18 de Julio 500, esquina Médanos

MONTEVIDEO

LIBRERIA VÁZQUEZ CORES

Avenida 18 de Julio N.os 36 y 38

Completísimo surtido de Librería y Papelería

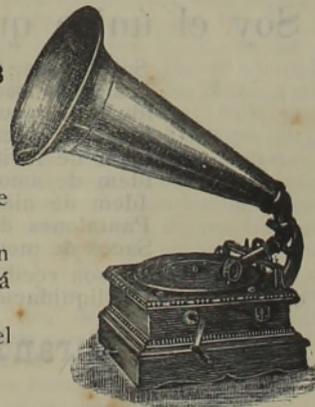
IMPRESA Y ENCUADERNACION

Tarjetas de fantasía y participaciones de enlace, programas, carnets, etc., etc.

GRAMÓFONOS.—Desde 10 pesos, con voces muy fuertes y claras. Se someten á prueba.

DISCOS—De los mejores artistas del mundo.

Se componen gramófonos



Casa Mérola y Cía.

DEL RIO DE LA PLATA

DIPLOMADO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SASTRES DE PARIS

Señores militares y particulares; hombres, señoras y niños. -- Pidan á sus proveedores: carnicería, almacén, tienda, zapatería, farmacia y bazares, 1 **ESTAMPILLA VERDE** que deben regalarle, una por cada diez centésimos de gasto.

Esta casa le recibe dicha **ESTAMPILLA** como dinero en pago de sus compras á razón de treinta y cinco centésimos el ciento de dichas **ESTAMPILLAS**.

CASA DE COMPRAS EN PARIS

AVENIDA 18 DE JULIO 230 Y 234--MONTEVIDEO

Yo soy Antonio Spera
el de la sastrería "Pirámides"

QUIEN DESAFÍA AL QUE VENDA MÁS BARATO

Soy el único que ha ofrecido 1000 pesos al que me venza

Sobretodos, forrados de seda	de \$	12	á	22
Trajes de saco	"	"	"	24
Idem de jaquet	"	"	"	26
Idem de frac	"	"	"	35
Idem de levita	"	"	"	35
Idem de smoking	"	"	"	26
Idem de niños	"	1.80	"	6
Pantalones desde	"	"	"	6
Sacos de montagnac	"	"	"	7

Los géneros son recibidos por la casa directamente. Todo trabajo hecho en la casa es garantido los Lunes día de liquidación.

Sarandí 228 (al lado de la Metropolitana)

Teléf. La Uruguay, 1980

MONTEVIDEO